

John A. Baden (Ed.),
Environmental Gore.
A constructive response to
"Earth in the Balance"
(Chicago, 1994)

El fundamentalismo ecologista sirve de pretexto a los defensores del estado del bienestar, tan necesitados de banderas para sostener una doctrina desprestigiada por los hechos. Es asimismo un moderno ropaje para una ideología vieja, de corte antiindustrialista y pseudoprogresista. Este tipo de ideas elementales, que se enfrentan al núcleo mismo de los intolerantes defensores de lo *politically correct*, empieza a extenderse con amplitud entre la moderna bibliografía norteamericana sobre política del medio ambiente. Basta citar, entre otros, los textos polémicos y provocativos de Terry L. Anderson y Donald R. Leal ("*Free Market Environmentalism*") o de Dixy Lee Ray ("*Environmental Overkill*").

Ultimamente, la defensa de los tópicos al uso ha alcanzado los máximos niveles de la política norteamericana: el vicepresidente Al Gore, en su libro "*Earth in the Balance*", sostiene oficialmente los supuestos méritos del control estatal sobre la industria y la política autoritaria, un control que actuaría como

freno a una (al parecer irreversible) degradación del planeta, los recursos naturales y la propia atmósfera. Pero no faltan ya —felizmente— críticas fundadas a esta sedicente retórica científica: entre las más duras, "*Eco-Scam*" de Ronald Bayley, cuyo expresivo subtítulo denuncia a "los falsos profetas del apocalipsis ecológico". También, en directa confrontación política, la obra colectiva que aquí comentamos, dirigida por John Baden, presidente de la Fundación para la Investigación Económica y del Medio Ambiente, y que incluye entre los colaboradores a escritores tan conocidos como Robert Balling, Lynn Scarlett y la antes mencionada Dixy Lee Ray.

Los autores de esta "respuesta constructiva" sostienen que las tesis de Gore conducen directamente a restricciones al libre mercado, a la vida privada y, en último término, a la propia libertad individual. Ante todo, afirman, deben ser científicamente probados dogmas tales como el calentamiento del planeta o los graves peligros que padece la capa de ozono, y tantos otros que se utilizan como realidades irrefutables, cuando distan mucho de estar garantizadas por datos objetivos. En fin: los autores discuten con sentido común la primacía de los derechos individuales sobre las burocracias armadas de argumentos ecologistas, y alertan sobre los peligros que deri-

van de los clichés inspiradores de políticas antinucleares y, en general, contrarias a la técnica y a los mejores logros de la civilización occidental. ■ **María Gemma Prieto.**

Charles Murray,
*Underclass:
The Crisis deepens,*
The Institute of Economic Affairs,
Health and Welfare Unit,
in association with "The Sunday
Times" (Londres, 1994), 69 págs.

Charles Murray es un sociólogo estadounidense que ha alcanzado gran notoriedad con la polémica causada por la publicación del libro "*The Bell Curve: Intelligence and Class Structure in American Life*", del que es autor junto con el psicólogo Richard Herrestein. En este libro se argumenta que la inteligencia, facultad que dependería fundamentalmente de la herencia, es el factor determinante de la riqueza y la posición social de las personas; se afirma, también, que del mismo modo que los ricos resultarían más listos que los pobres, los blancos, en conjunto, serían intelectualmente superiores a los negros. Estas conclusiones sirvieron a los autores

para argumentar en contra de las políticas de integración social en los Estados Unidos. Presentaban una concepción determinista de la sociedad, en la que el esfuerzo, el trabajo, la responsabilidad personal y la suerte apenas tendrían influencia como factores de éxito y movilidad social.

En el breve ensayo del que damos noticia, Murray pretende realizar un diagnóstico sobre las causas del crecimiento de la marginación social en el Reino Unido. En una primera aproximación, en 1989, el autor había concluido que en la sociedad británica se estaba generando una clase marginada que crecía rápidamente. La marginación se manifestaría a través de tres síntomas: delincuencia, nacimientos extramatrimoniales y desempleo e inactividad entre los varones. Murray se encuentra con que los delitos contra la propiedad habían aumentado en Inglaterra en 1992 en un 42% respecto al año 1987, datos utilizados en su primer trabajo, mientras que los delitos con violencia habrían aumentado en un 40%. En el mismo período, el paro entre los varones se habría mantenido estable en torno al 11%, mientras que el porcentaje de hombres en edad de trabajar que había renunciado a considerarse parte de la población activa había aumentado del 9,6 al 13,3%. En 1992, el 31,2% de los británicos nacía fuera del ma-